

EL CHOQUE INTERIOR

Cuando Occidente se Convierte en su Propio Enemigo

Democracia, Derechos Humanos y el Gran Fractura del Siglo XXI

ANÁLISIS GEOPOLÍTICO Y TEORÍA POLÍTICA COMPARADA

2025

Milton Araya-Barroso

Primera edición, 2026

Este trabajo constituye un análisis académico e intelectual de libre circulación. Las citas de autores y obras incluidas se realizan con fines críticos, analíticos y educativos, conforme a los principios del uso legítimo en el debate académico internacional.

Las opiniones expresadas en esta obra son de carácter analítico y no representan posición política partidaria alguna.

Impreso y distribuido digitalmente.

ÍNDICE

Tabla de contenido

El Mapa que Faltaba	5
La Hipótesis Central	6
Sobre las Fuentes y el Método	6
Cómo Leer Este Libro	7
Huntington Revisado	8
I. La Tesis que Sacudió al Mundo	8
II. Lo que Huntington Acertó	9
III. El Punto Ciego de Huntington	10
IV. El Choque Dentro del Choque: Una Reformulación	11
Los Nuevos Bloques Civilizacionales	12
I. El Fin del Eje Izquierda-Derecha	12
II. Los Neoconservadores Civilizacionales: Anatomía del Bloque	13
III. Los Neoprogresistas Postnacionales: Anatomía del Segundo Bloque	14
IV. Por Qué No Pueden Negociar	16
Los Seis Ejes de la Guerra Cultural	17
I. Migración: La Frontera como Metáfora Civilizacional	17
II. Género y Familia: El Choque Más Visceral	18
III. Libertad de Expresión: El Debate Meta-Político	19
IV. Energía y Clima: Soberanía Frente a Supervivencia	19
V. Instituciones Globales: Legitimidad versus Soberanía	20
VI. La Inteligencia Artificial: El Campo de Batalla del Futuro	21
Cuatro Espejos Históricos	23
I. La Reforma Protestante (1517–1648): La Ruptura de la Autoridad Epistémica	23
II. La Belle Époque (1880–1914): La Analogía más Cercana	24
III. Los Años 1930: La Advertencia Más Perturbadora	25
IV. Los 60–70 y su Backlash: La Analogía del Ciclo	26
V. El Acelerador Digital: La Variable que lo Cambia Todo	26
La Democracia como Campo de Batalla	28
I. El Populismo como Ruptura Epistémica	28
II. La Erosión desde la Izquierda: El Caso del Veto Normativo	29
III. El Problema de las Normas No Escritas	30

IV. El Caso de los Países que Ya Pasaron el Umbral	30
V. ¿Puede la Democracia Defenderse a Sí Misma?.....	31
Los Derechos Humanos en la Encrucijada	33
I. Las Tres Crisis del Sistema Internacional de Derechos Humanos	33
II. Los Derechos Humanos en el Choque Interno Occidental.....	35
III. El Camino Posible: Entre el Absolutismo y el Relativismo	36
La Inteligencia Artificial como Multiplicador del Conflicto.....	37
I. La IA como Infraestructura del Conflicto Epistémico	37
II. La IA como Automatizador de Desigualdad	38
III. La IA como Campo de Batalla Geopolítico	39
IV. El Choque sobre la IA: Las Posiciones en Disputa	39
Tres Escenarios para el Mediano Plazo.....	41
I. Escenario 1: La Westfalia Cultural — El Más Probable	41
II. Escenario 2: La Crisis de Legitimidad en Cascada — El Más Peligroso.....	42
III. Escenario 3: La Síntesis por Crisis — El Más Esperanzador	43
IV. Variables Críticas que Determinan el Escenario.....	44
Occidente en el Espejo de Si Mismo.....	46
Lo que los Datos no Dicen.....	46
Una Nota Personal Sobre el Método	47
Lo que Occidente Puede Hacer	48
BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA.....	50

PRÓLOGO

El Mapa que Faltaba

Las civilizaciones son las más grandes 'nosotros' dentro de las cuales nos sentimos culturalmente en casa, distintos de todos los demás 'ellos' que están afuera.

— Samuel P. Huntington, *El Choque de Civilizaciones*, 1996

En 1996, Samuel P. Huntington publicó una de las tesis más provocadoras y debatidas de la ciencia política contemporánea: el futuro de la política mundial no estaría determinado por ideologías ni por intereses económicos, sino por identidades culturales y civilizacionales. Las grandes fracturas del siglo XXI correrían entre bloques civilizacionales —Occidente, el Islam, China, la Ortodoxia rusa— cada uno con su propia cosmología, su propia noción de legitimidad y su propia visión del orden internacional deseable.

La tesis fue parcialmente profética. Las líneas de conflicto que Huntington dibujó sobre el mapa —el arco islámico, el resurgimiento chino, la afirmación de la identidad ortodoxa en la Europa del Este— se materializaron con una precisión que incomodó tanto a sus críticos como a sus admiradores. La invasión rusa a Ucrania, la competencia sistémica entre Washington y Pekín, la persistente tensión entre el mundo islámico político y las democracias liberales: todo ello valida, al menos parcialmente, el marco civilizacional.

Pero hay algo que Huntington no anticipó, o anticipó solo en negativo: el choque más devastador del siglo XXI no está ocurriendo entre civilizaciones. Está ocurriendo dentro de la civilización occidental misma. Y en ese choque interno, los fundamentos de la democracia liberal y de los derechos humanos —que Huntington asumía como el sustrato cohesivo de Occidente— se han convertido en el objeto central de la disputa, no en su piso compartido.

Este libro nació de la urgencia de ese diagnóstico. Las herramientas conceptuales disponibles —la dicotomía izquierda-derecha, el marco liberal clásico, incluso la propia tesis huntingtoniana— resultan insuficientes para cartografiar lo que está ocurriendo. Necesitamos un mapa nuevo para un territorio que se está reconfigurando en tiempo real.



La Hipótesis Central

La tesis que articula este libro es la siguiente: Occidente está atravesando una fractura ontológica —una guerra sobre los fundamentos de la realidad, la naturaleza humana y la legitimidad del poder— que no puede reducirse a las categorías políticas heredadas del siglo XX. Esta fractura enfrenta a dos bloques que el presente volumen denomina neoconservadores civilizacionales y neoprogresistas postnacionales, y que el documento político que sirve de punto de partida para este análisis describe con notable rigor analítico.

El choque no es entre el capital y el trabajo. No es entre el Estado y el mercado. Es entre dos ontologías incompatibles: una que cree en órdenes naturales previos a la política —la biología, la nación, la familia, la herencia civilizacional— y otra que sostiene que toda categoría social es una construcción histórica contingente, modificable y, por tanto, objeto de rediseño político deliberado.

En esa fractura, los valores que Huntington creía constitutivos de Occidente —democracia representativa, separación de poderes, derechos individuales, pluralismo— se han convertido en campos de batalla. Y en varios países occidentales, esa guerra ya está produciendo daños institucionales que habrían sido impensables hace dos décadas.

Sobre las Fuentes y el Método

Este libro dialoga con un campo intelectual rico y plural. Las herramientas de Huntington son un punto de partida necesario, pero insuficiente. A ellas sumamos el análisis de la democracia iliberal de Steven Levitsky y Lucan Way; la teoría del populismo de Jan-Werner Müller; la sociología del conocimiento de Peter Berger y Thomas Luckmann; el análisis de la hegemonía cultural de Antonio Gramsci; la filosofía política de Chantal Mouffe sobre el agonismo democrático; las reflexiones de Shoshana Zuboff sobre el capitalismo de vigilancia y su relación con la autonomía política; y la teoría de las revoluciones epistémicas de Thomas Kuhn, aplicada al dominio político.

La metodología es, conscientemente, la del ensayo político de largo aliento: no la certeza estadística del paper académico, sino la hipótesis argumentada con rigor histórico y comparativo, abierta a la refutación y al diálogo. En el espíritu de Tocqueville, de Arendt, de Berlin —pensadores que no temieron formular diagnósticos audaces sobre su presente— este libro ofrece un marco interpretativo, no una verdad definitiva.

El material de base incluye el documento de análisis político que estructura los capítulos, enriquecido con fuentes primarias y secundarias de la teoría política comparada, la historia intelectual y el análisis geopolítico contemporáneo.

Cómo Leer Este Libro

El libro se estructura en ocho capítulos que avanzan desde el diagnóstico teórico hacia la proyección estratégica. Los primeros tres capítulos establecen el marco conceptual: la revisión crítica de Huntington, la caracterización de los dos nuevos bloques civilizacionales y el análisis de los seis ejes de conflicto que articulan la guerra cultural contemporánea.

Los capítulos cuarto y quinto profundizan en la dimensión histórica y en la amenaza específica que el conflicto interno representa para la democracia como sistema. El sexto capítulo aborda la crisis de los derechos humanos como lenguaje normativo universal. El séptimo capítulo introduce la variable que todos los marcos analíticos anteriores subestiman: la inteligencia artificial como acelerador exponencial del conflicto. El octavo capítulo propone tres escenarios para el mediano plazo, con sus condiciones de posibilidad y sus implicaciones estratégicas.

El epílogo ofrece una reflexión final sobre lo que Occidente puede hacer —o dejar de hacer— ante el espejo de sí mismo.

Este libro no tiene respuestas definitivas. Tiene preguntas que ya no podemos seguir evitando.

CAPÍTULO I

Huntington Revisado

El Choque que No Vio Venir

Occidente ganó el mundo no a través de la superioridad de sus ideas o valores o religión, sino más bien mediante su superioridad en la aplicación de la violencia organizada. Los occidentales con frecuencia olvidan este hecho; los no occidentales nunca lo olvidan.

— Samuel P. Huntington, *El Choque de Civilizaciones*, 1996

I. La Tesis que Sacudió al Mundo

Cuando Samuel Huntington publicó su artículo seminal en *Foreign Affairs* en 1993 —expandido después en el libro de 1996— el mundo académico y político reaccionó con una mezcla de fascinación y escándalo. La tesis era simple en su formulación, profunda en sus implicaciones: la política mundial del siglo XXI estaría dominada no por conflictos ideológicos o económicos, sino por choques entre grandes civilizaciones definidas por la religión, la cultura y la historia.

Huntington identificó ocho grandes civilizaciones: la occidental (cristiana occidental), la ortodoxa (cristiana oriental), la islámica, la confuciana, la hindú, la japonesa, la latinoamericana y la africana. Las líneas de falla entre estas civilizaciones serían los puntos más calientes del conflicto internacional. Y en ese mapa, Occidente —definido por los valores del liberalismo democrático, la separación Iglesia-Estado y la tradición del derecho natural romano y germánico— ocupaba una posición singular: hegemónica pero declinante, desafiada desde afuera por civilizaciones más cohesionadas y desde adentro por la erosión de su propio sustrato cultural.

La tesis fue atacada desde múltiples frentes. Los liberales universalistas, herederos del optimismo fukuyamiano del fin de la historia, argumentaron que Huntington subestimaba la convergencia hacia la democracia liberal como modelo universal. Los marxistas y los estudiosos de la economía política señalaron que reducía la complejidad de los conflictos internacionales a una variable cultural, ignorando las determinaciones estructurales del capitalismo global. Los académicos de estudios islámicos y asiáticos señalaron que homogeneizaba civilizaciones internamente diversas y en permanente conflicto.

Todos estos críticos tenían razón en aspectos importantes. Pero ninguno de ellos —y aquí está la paradoja central de la recepción de Huntington— prestó suficiente atención a la dimensión del argumento que hoy resulta más perturbadora: la advertencia sobre la cohesión interna de Occidente como condición de su supervivencia como actor civilizacional.



II. Lo que Huntington Acertó

Antes de señalar lo que Huntington no vio, es justo reconocer lo que vio con notable claridad. Tres predicciones centrales del libro han sido validadas parcial o totalmente por el desarrollo histórico posterior.

La resurgencia de las identidades no occidentales

Huntington argumentó que la modernización económica no produciría necesariamente occidentalización cultural. Japón, Corea del Sur, Singapur, y eventualmente China e India, podían modernizarse y simultáneamente afirmar identidades civilizacionales propias, incluso en tensión con los valores occidentales. Esta predicción ha resultado ser exacta. El ascenso de Xi Jinping ha ido acompañado de una afirmación explícita del confucianismo renovado, del particularismo civilizacional chino y del rechazo de la universalidad de los derechos humanos liberales como herramienta de hegemonía occidental.

El argumento de Pekín en los foros internacionales —que los derechos humanos deben ser interpretados en función del contexto cultural y del nivel de desarrollo— es exactamente la tesis del relativismo civilizacional que Huntington anticipó. Y la creciente adhesión a este argumento entre países del Sur Global sugiere que el modelo liberal universal está perdiendo tracción precisamente donde Huntington predijo que la perdería.

Las líneas de falla como puntos de conflicto

Los conflictos de mayor intensidad de las últimas décadas han ocurrido, en su mayoría, en los bordes entre civilizaciones: los Balcanes (contacto entre el mundo ortodoxo, el islámico y el occidental), el Cáucaso, el Sahel, el sur de Tailandia, el conflicto palestino-israelí. La guerra de Ucrania puede leerse, en parte, como un conflicto de línea de falla entre Occidente y la civilización ortodoxa rusa, aunque la simplificación de Huntington aquí es particularmente visible: Ucrania es también —y quizás principalmente— un conflicto sobre soberanía nacional y resistencia al imperialismo, no meramente un choque civilizacional.

La advertencia sobre el multiculturalismo interno

Huntington dedicó los capítulos finales de su libro a advertir sobre los peligros del multiculturalismo radical dentro de las propias sociedades occidentales, particularmente en Estados Unidos. Su argumento era que la cohesión de Occidente dependía de la preservación de una cultura cívica angloprotestante compartida, y que su erosión en nombre de la diversidad produciría no una sociedad más rica sino una más fragmentada e incapaz de actuar colectivamente.

Esta parte del argumento fue la más atacada —y con razón, por sus connotaciones identitarias— pero también la más visionaria en términos predictivos. La fractura cultural interna de las democracias occidentales en la segunda y tercera décadas del siglo XXI es exactamente el escenario que Huntington temía, aunque por razones distintas a las que él señalaba.



III. El Punto Ciego de Huntington

El error fundamental de Huntington no fue su diagnóstico sobre los conflictos externos: fue su supuesto implícito sobre la cohesión interna de Occidente. Para que su tesis funcionara, Occidente necesitaba ser, a pesar de sus diferencias internas, una unidad lo suficientemente coherente para actuar como bloque civilizacional en la política mundial. Y esa cohesión dependía, en última instancia, de que los valores liberales democráticos — pluralismo, separación de poderes, derechos individuales, soberanía popular— funcionaran como el piso normativo compartido dentro del cual se desarrollaban los debates políticos ordinarios.

Lo que Huntington no anticipó es que ese piso normativo se convertiría él mismo en objeto de disputa. No desde afuera de Occidente —desde el Islam, desde China— sino desde adentro, por parte de ciudadanos, movimientos y partidos políticos que invocan los valores democráticos para erosionar las instituciones democráticas, o que postulan normas universales de derechos que en la práctica resultan incompatibles con el pluralismo democrático.

La pregunta que Huntington no hizo —y que hoy resulta ineludible— es esta: ¿qué ocurre cuando el choque de civilizaciones ocurre dentro de Occidente mismo?

La respuesta que este libro propone es perturbadora: Occidente está experimentando exactamente ese choque, y las consecuencias para la democracia y los derechos humanos son al menos tan graves como cualquier amenaza externa.

Francis Fukuyama, el adversario intelectual por excelencia de Huntington, reconoció tardíamente en su obra *El orden político y la decadencia política* (2014) que la amenaza más seria para las democracias liberales no provenía de su incapacidad para

expandirse hacia el resto del mundo, sino de su vulnerabilidad interna: la captura de instituciones por grupos de interés, la erosión de la confianza pública, el vaciamiento de los partidos políticos como mecanismos de representación. Sin saberlo, Fukuyama estaba completando el argumento que Huntington había dejado incompleto.



IV. El Choque Dentro del Choque: Una Reformulación

La reformulación que este libro propone es la siguiente: el siglo XXI no está definido únicamente por el choque entre civilizaciones distintas, sino también —y quizás principalmente en el corto plazo— por el choque dentro de la civilización occidental entre dos proyectos radicalmente distintos de lo que esa civilización debería ser.

Este choque interno tiene todas las características que Huntington atribuía a los choques entre civilizaciones: opera en el nivel de los valores fundacionales, no de los intereses negociables; produce un tipo de hostilidad que no se resuelve por compromiso porque implica visiones del mundo inconmensurables; y tiene consecuencias geopolíticas de primer orden porque debilita a Occidente como actor colectivo en un momento en que sus competidores externos están fortalecidos y cohesionados.

Zheng Wang, en su análisis del nacionalismo chino (*Never Forget National Humiliation*, 2012), observa que la cohesión identitaria china se nutre, paradójicamente, de la percepción del desorden y la decadencia de Occidente. Xi Jinping no necesita derrotar a las democracias liberales en el campo de batalla: necesita que se derroten a sí mismas. Y la fractura interna que este libro documenta es, desde esa perspectiva, la mayor vulnerabilidad estratégica de Occidente en el presente siglo.

El mapa de Huntington sigue siendo útil. Pero necesita una nueva capa: aquella que muestra los frentes de conflicto que corren no entre civilizaciones, sino a través de ellas.

CAPÍTULO II

Los Nuevos Bloques Civilizacionales

Neoconservadores y Neoprogresistas

El conflicto político fundamental no es entre las clases sociales sino entre los que se benefician del orden existente y los que se ven perjudicados por él; esta división recorre hoy las sociedades occidentales de manera vertical, no horizontal.

— Pippa Norris y Ronald Inglehart, *Cultural Backlash*, 2019

I. El Fin del Eje Izquierda-Derecha

Durante casi dos siglos, la política occidental se organizó en torno a un eje fundamental: izquierda versus derecha, capital versus trabajo, Estado versus mercado. Esta dicotomía, surgida de la Revolución Francesa y consolidada por la Revolución Industrial, estructuró los debates, los partidos, las alianzas y los conflictos de las democracias occidentales desde el siglo XIX hasta al menos la caída del Muro de Berlín.

La desaparición del comunismo como alternativa sistémica, la globalización financiera que redujo el margen de autonomía de los Estados nacionales, y el ascenso de una nueva clase media postindustrial cuyas preocupaciones centrales no eran salariales sino identitarias: estos tres factores combinados produjeron, en las décadas de 1990 y 2000, una reconfiguración profunda del espacio político occidental. El eje económico no desapareció, pero dejó de ser el organizador primario de las lealtades políticas.

Pippa Norris y Ronald Inglehart, en su exhaustivo análisis *Cultural Backlash* (2019), documentaron empíricamente este desplazamiento: en las democracias postindustriales, el predictor más potente del voto ya no es la clase social sino los valores culturales —autoritarismo versus libertad, tradición versus cambio, cosmopolitismo versus nativismo. La fractura que organiza la política occidental contemporánea no es económica: es civilizacional.

Lo que el documento de análisis que sirve de base a este libro formula con precisión teórica notable es exactamente esto: la fractura actual es ontológica, no política en el sentido convencional. La pregunta que divide a las sociedades occidentales no es cuánto debe cobrar el Estado o cómo debe distribuirse la riqueza. Es una pregunta más fundamental: ¿qué es el ser humano, qué es la sociedad, quién tiene autoridad para definir la realidad?



II. Los Neoconservadores Civilizacionales: Anatomía del Bloque

El primer error al analizar el neoconservadurismo contemporáneo es confundirlo con el conservadurismo clásico del siglo XX. No son la misma cosa. Los conservadores de la tradición de Burke, de De Maistre, de Hayek o de Friedman tenían una filosofía política coherente: la defensa del orden espontáneo, la desconfianza ante la ingeniería social, el respeto por las instituciones y las tradiciones que el tiempo había decantado. El neoconservadurismo del siglo XXI es algo cualitativamente diferente: es un movimiento de reacción cultural que ha absorbido elementos del populismo, del nacionalismo étnico y de la teoría crítica de las élites.

Su ontología: el orden natural como fundamento

La columna vertebral filosófica del neoconservadurismo contemporáneo es la creencia en órdenes naturales previos a la política: la diferencia biológica entre los sexos, la particularidad irreductible de las naciones y sus culturas, la centralidad de la familia biparental como institución básica de la civilización, la herencia civilizacional occidental como patrimonio a preservar. Lo real precede a lo construido; lo natural tiene prioridad sobre lo articulado.

Esta ontología no es nueva —tiene raíces profundas en el tomismo, en el derecho natural clásico y en el romanticismo alemán— pero su articulación política contemporánea es específica: opera no como filosofía académica sino como arma cultural en una guerra por la definición de la normalidad. Patrick Deneen, en *Por qué ha fracasado el liberalismo* (2018), ofrece quizás la formulación más sofisticada de esta posición: el liberalismo ha destruido las comunidades naturales —familia, pueblo, Iglesia— que daban sentido y sostén a la vida humana, y su crisis es el resultado lógico de esa destrucción.

Su proyecto político: el Estado-nación soberano

El proyecto político neoconservador organiza su programa en torno al Estado-nación soberano como unidad legítima de organización política. Esto implica el rechazo —o al menos la profunda desconfianza— hacia los organismos supranacionales: la Unión Europea, la ONU, el FMI, el Tribunal Penal Internacional, los tratados de libre comercio multilaterales. No porque estos organismos sean per se ilegítimos, sino porque en la percepción neoconservadora han sido capturados por élites tecnocráticas que ejercen poder sin rendición de cuentas democrática.

Yoram Hazony, en *La virtud del nacionalismo* (2018), articula el argumento más sistemático en favor de este proyecto: el orden internacional basado en el Estado-nación soberano es el único compatible con la diversidad cultural de la humanidad, porque

reconoce que no existe ni puede existir un conjunto de valores universales capaz de legitimar el gobierno de todos. Contra el cosmopolitismo liberal, Hazony defiende el particularismo nacional como condición del florecimiento humano.

Su palanca cultural: la contraofensiva mediática

La innovación más significativa del neoconservadurismo contemporáneo no es doctrinal sino táctica: ha construido su propia infraestructura mediática y no necesita capturar los medios establecidos para fijar la agenda. Desde Breitbart hasta Fox News, desde los podcasts de Joe Rogan hasta los canales de YouTube de Jordan Peterson, desde X (antes Twitter) bajo la gestión de Elon Musk hasta los think tanks financiados por fundaciones conservadoras: el ecosistema informativo de la derecha civilizacional es hoy tan robusto como el de los medios tradicionales, y en audiencias jóvenes masculinas, significativamente mayor.

Jordan Peterson, cuya obra *Maps of Meaning* (1999) y *12 Rules for Life* (2018) han generado audiencias de decenas de millones, ilustra perfectamente este fenómeno: un intelectual académico riguroso que, al utilizar YouTube y los podcasts en lugar de la cátedra universitaria, ha alcanzado una influencia cultural que ningún catedrático tradicional podría soñar. El mensaje es conservador en su sustancia —jerarquía, responsabilidad personal, diferencia sexual— pero completamente moderno en sus canales de distribución.



III. Los Neoprogresistas Postnacionales: Anatomía del Segundo Bloque

El segundo error simétrico es confundir al neoprogresismo contemporáneo con la izquierda obrera del siglo XX. La izquierda de Marx, de Bernstein, de Gramsci o del primer Partido Laborista británico era fundamentalmente una izquierda económica: su preocupación central era la explotación del trabajo por el capital, y su proyecto era la transformación de las relaciones de producción. El neoprogresismo del siglo XXI es primariamente cultural: su preocupación central es la opresión de identidades marginadas, y su proyecto es la transformación de los sistemas de significado y de las jerarquías simbólicas.

Su ontología: el constructivismo social total

La columna vertebral filosófica del neoprogresismo contemporáneo es el constructivismo social: la tesis de que toda categoría social —género, raza, nación, familia, incluso la distinción entre lo natural y lo cultural— es una construcción histórica contingente que cristaliza relaciones de poder. Lo que parece natural es en realidad político; lo que se presenta como dado es en realidad articulado.

Esta posición tiene raíces legítimas en la sociología del conocimiento de Berger y Luckmann (*La construcción social de la realidad*, 1966), en la teoría del género de Judith Butler (*El género en disputa*, 1990), en los estudios poscoloniales de Edward Said (*Orientalismo*, 1978) y en la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt. Su problema no es que sea falsa —hay en ella observaciones valiosas sobre cómo el poder moldea las categorías del pensamiento— sino que, llevada a su expresión más radical, se convierte en una epistemología totalitaria que disuelve toda distinción entre lo biológico y lo cultural, entre lo descriptivo y lo normativo, entre el análisis y la activación política.

Su proyecto político: la gobernanza global normativa

El proyecto político neoprogresista es, en sus aspiraciones, postnacional: una gobernanza global estructurada por normas universales sobre derechos humanos, igualdad de género, acción climática, migración y diversidad. El Estado-nación es, en esta visión, o bien un obstáculo a reformar o bien un instrumento a utilizar en favor de ese proyecto normativo global. Las instancias de legitimidad superior son las instituciones multilaterales: el sistema de la ONU, la Unión Europea en su versión más federalista, el Tribunal Penal Internacional, las cortes regionales de derechos humanos.

Martha Nussbaum, en *Las fronteras de la justicia* (2006), ofrece una de las articulaciones más sofisticadas de este proyecto: las capacidades humanas básicas que fundamentan una vida digna son universales, independientes de la cultura nacional, y su garantía debe ser una obligación jurídica que los Estados no puedan eludir invocando la soberanía.

Su paradoja estructural: élite versus pueblo

La mayor vulnerabilidad política del neoprogresismo es estructural: ha tomado las instituciones —universidades, grandes medios, corporaciones tecnológicas y financieras, organismos internacionales— pero ha perdido la calle. Su dominio del discurso legítimo en los espacios de poder formal contrasta con su creciente desconexión de las clases trabajadoras que en otro tiempo constituían la base del proyecto de izquierda.

Thomas Frank, en *¿Qué le pasa a Kansas?* (2004), y más recientemente en *The People, No* (2020), documentó este proceso en el caso norteamericano: cómo el Partido Demócrata fue transformándose de partido de la clase obrera en partido de la élite educada y profesional, dejando un vacío que el populismo de derecha llenó con precisión quirúrgica. El mismo proceso puede observarse en la Europa occidental: el Marine Le Pen electoral se nutre exactamente de los trabajadores industriales que votaban socialista o comunista en los años 70 y 80, en Latinoamérica pasa de igual manera Argentina con el justicialismo, en Chile con los partidos de la Concertación de partidos por la democracia y el PT de Brasil de Lula.



IV. Por Qué No Pueden Negociar

La pregunta más urgente cuando se analizan estos dos bloques no es quién tiene razón —ninguno la tiene totalmente— sino por qué resulta tan difícil la negociación política ordinaria entre ellos. La respuesta está en la naturaleza de sus desacuerdos: no son desacuerdos sobre intereses, que en principio pueden ser divididos y negociados, sino desacuerdos sobre valores fundamentales, que en su lógica interna no admiten compromiso.

Chantal Mouffe, en *Por un populismo de izquierda* (2018), distingue entre la política (el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se organiza la sociedad) y lo político (la dimensión de antagonismo y hostilidad que es constitutiva de las sociedades humanas). Su tesis es que el liberalismo consensualista —la ilusión de que el conflicto puede ser superado por la razón y el diálogo— niega lo político y por tanto produce, paradójicamente, formas más intensas y menos manejables de antagonismo.

Los dos bloques que este libro describe se comportan exactamente como Mouffe predice: cada uno ve al otro no como un adversario legítimo con quien discrepar, sino como un enemigo cuya victoria implicaría la destrucción de lo que más valora. Para el neoconservador, el triunfo progresista significa la destrucción de la familia, la nación y la civilización occidental. Para el neoprogresista, el triunfo conservador significa el retorno de la opresión, el racismo y el patriarcado. En esa lógica, el compromiso no es virtud sino traición.

Aquí reside el mayor peligro para la democracia: cuando los actores políticos ya no reconocen al adversario como parte del mismo juego, sino que lo perciben como una amenaza existencial que debe ser derrotada y no simplemente persuadida, las instituciones democráticas —que dependen de la aceptación del perdedor para funcionar— se vuelven frágiles.

CAPÍTULO III

Los Seis Ejes de la Guerra Cultural

Donde el Conflicto Se Hace Carne

La cultura es la forma en que los grupos humanos generan respuestas colectivas a los desafíos de la existencia. Cuando los grupos difieren en sus respuestas, el resultado es la política. Cuando difieren en los desafíos mismos, el resultado es el conflicto.

— Mary Douglas, *Risk and Culture*, 1982

El choque ontológico entre los dos bloques civilizacionales no ocurre en el espacio abstracto de la filosofía: se encarna en disputas concretas que organizan la vida política cotidiana. El documento de análisis base de este libro identifica seis ejes fundamentales donde la guerra cultural se materializa. Cada uno de estos ejes merece un análisis propio, porque cada uno ilumina una dimensión diferente del conflicto.



I. Migración: La Frontera como Metáfora Civilizacional

La disputa sobre la migración es, en la superficie, una disputa de política pública: ¿cuántos migrantes debe admitir un país, bajo qué condiciones, con qué derechos? Pero en su nivel más profundo es una disputa sobre la naturaleza del Estado-nación, sobre la relación entre ciudadanía y humanidad, y sobre los límites del universalismo normativo.

Para el bloque neoconservador, la frontera es la expresión física de la nación: su derecho a autodefinirse, a decidir quién pertenece y quién no, a preservar la coherencia cultural que hace posible la deliberación democrática. El argumento no es necesariamente xenófobo en su lógica —aunque con frecuencia adquiere esa coloración en su práctica política— sino soberanista: ningún organismo exterior puede obligar a una comunidad política democrática a abrirse a quien ella no ha elegido recibir.

Para el bloque neoprogresista, la migración es un fenómeno global de derechos que los Estados no pueden bloquear sin violar la dignidad humana. La distinción entre ciudadanos y no ciudadanos es moralmente arbitraria desde el punto de vista de la justicia global: el lugar de nacimiento no es un mérito que justifique el acceso diferencial a los derechos fundamentales. Joseph Carens, en *La ética de la inmigración* (2013), formula la

versión más rigurosa de este argumento: las fronteras son el nuevo privilegio de nacimiento, el equivalente moderno de la aristocracia hereditaria.

Lo que hace a este debate particularmente difícil de resolver es que ambas posiciones tienen fundamentos normativos genuinamente sólidos. La comunidad política democrática necesita algún grado de cohesión cultural para funcionar —Habermas reconoció esto en su concepto de patriotismo constitucional—, pero la humanidad compartida crea obligaciones que no se extinguen en la frontera. El problema es que ambas posiciones, llevadas a su lógica extrema, producen consecuencias inaceptables: la primera puede derivar en xenofobia y en la negación de derechos básicos; la segunda puede disolver la condición de posibilidad de la propia democracia como forma de autogobierno colectivo.



II. Género y Familia: El Choque Más Visceral

De todos los ejes del conflicto, el de género y familia es el más emocional y el más difícil de negociar, porque ambos lados sienten que lo que está en juego es la protección de los niños y la supervivencia de la civilización. Cuando la percepción de amenaza existencial se activa, el espacio para el diálogo se reduce prácticamente a cero.

Para el bloque neoconservador, la distinción binaria entre hombres y mujeres es un hecho biológico cuyo reconocimiento político es condición de la coherencia de la realidad compartida. La familia biparental heterosexual es la institución básica de la reproducción cultural y social. Los programas educativos que introducen el pensamiento de género en edades tempranas son percibidos como un ataque a la autoridad parental y como la imposición de una ideología sobre niños incapaces de consentir. La respuesta emocional es intensa porque conecta con el instinto de protección parental.

Para el bloque neoprogresista, la heteronormatividad obligatoria ha producido siglos de sufrimiento para las personas que no encajan en sus categorías. El reconocimiento de la diversidad de género y la orientación sexual es una cuestión de dignidad humana elemental. Los programas educativos inclusivos no imponen ideología: corrigen el sesgo histórico de una visión que presentaba como universal lo que era particular. La respuesta emocional es igualmente intensa porque conecta con la memoria de la discriminación y la violencia.

Judith Butler, cuya obra *El género en disputa* (1990) es la referencia teórica central de la posición progresista, argumenta que el género es performativo: no una esencia que se expresa, sino una actuación que se repite. Esta tesis, originalmente académica, se ha convertido en el fundamento filosófico de políticas que afectan el espacio público, el lenguaje institucional y la educación. Su traducción política ha avanzado más rápido que

la comprensión social, creando una reacción cuya intensidad es proporcional a la percepción de imposición.



III. Libertad de Expresión: El Debate Meta-Político

La disputa sobre la libertad de expresión es, en cierto sentido, la más meta-política de todas: es un debate sobre las reglas del debate mismo. Las dos posiciones resultan irreconciliables porque parten de supuestos filosóficos incompatibles sobre la relación entre el lenguaje, el poder y el daño.

Para el bloque neoconservador, la libertad de expresión es el valor más fundamental de las democracias liberales: sin libertad de expresar, de disentir, de cuestionar el consenso dominante, no hay democracia posible. Su aplicación debe ser prácticamente absoluta, con excepciones mínimas y taxativamente definidas —la incitación directa a la violencia física— y nunca puede ser condicionada por el contenido de las ideas expresadas. La cancelación cultural, el control de plataformas, los códigos de conducta universitarios: todo ello es percibido como el retorno de la censura bajo un lenguaje de sensibilidad.

Para el bloque neoprogresista, la libertad de expresión irrestricta no es neutral: en sociedades marcadas por desigualdades históricas profundas, el libre mercado de las ideas no produce necesariamente verdad y justicia, sino la amplificación de las voces que ya tienen poder. Algunas formas de expresión —el discurso de odio, la negación de la identidad de grupos históricamente oprimidos— no son simplemente ideas equivocadas: son actos que producen daño real y medible en sus destinatarios. Mari Matsuda, Richard Delgado y otros teóricos del Critical Race Theory han desarrollado extensamente este argumento.

John Stuart Mill, en *Sobre la libertad* (1859), ofreció el argumento más influyente para la posición liberal clásica: la única limitación legítima de la libertad individual es la prevención del daño a otros, y este daño debe ser directo y concreto, no la mera incomodidad o el desacuerdo. El desafío contemporáneo es que la noción de daño se ha extendido hasta incluir el daño psicológico, el daño a la identidad, el daño simbólico —una extensión que, desde la perspectiva milliana, disuelve la distinción entre libertad y seguridad emocional que la tesis del daño estaba diseñada a preservar.



IV. Energía y Clima: Soberanía Frente a Supervivencia

La disputa climática es, en apariencia, la más empírica de los seis ejes: hay datos científicos sólidos sobre el calentamiento global antropogénico que deberían, en principio, proveer un terreno común para el debate político. Pero la disputa no es realmente sobre los datos; es sobre quién tiene autoridad para actuar sobre ellos, a qué costo, y a expensas de quién.

Para el bloque neoprogresista, la emergencia climática es la justificación más poderosa para la acción coordinada global: requiere estándares internacionales vinculantes, una transición acelerada hacia las energías renovables y la subordinación de los intereses nacionales de corto plazo a la supervivencia del planeta. La gobernanza climática global es el argumento más sólido para instituciones supranacionales con poder real sobre los Estados.

Para el bloque neoconservador, la transición energética impuesta desde organismos internacionales implica una transferencia de soberanía inaceptable, costos desproporcionados sobre las comunidades trabajadoras dependientes de las industrias fósiles, y una retórica de emergencia que justifica la concentración de poder tecnocrático. La seguridad energética nacional —la capacidad de un Estado de garantizar su suministro sin dependencia exterior— es percibida como un componente esencial de la soberanía y la seguridad nacional.

Lo que hace este eje particularmente explosivo es que conecta la abstracción geopolítica con la experiencia material inmediata: los precios del combustible, el costo de la electricidad, el empleo en industrias condenadas. El movimiento de los chalecos amarillos en Francia (2018-2019) fue, en gran medida, la respuesta de la clase trabajadora provincial a una política climática que le imponía costos que la élite urbana no compartía.



V. Instituciones Globales: Legitimidad versus Soberanía

¿La ONU, el FMI, el Banco Mundial, la Unión Europea, la Corte Penal Internacional son marcos de gobernanza legítima que expresan la interdependencia creciente de la humanidad, o son camisas de fuerza que las élites globalizadas han impuesto sobre democracias soberanas que nunca eligieron ceder ese poder?

Esta pregunta, que hubiera parecido extravagante hace tres décadas —durante el momento unipolar de optimismo post-1989— es hoy central en la política de todas las democracias occidentales. El Brexit fue, en gran medida, la respuesta británica a esta pregunta. El trumpismo fue, en parte, la respuesta norteamericana. El orbanism húngaro, el mellonismo italiano, el gobierno de PiS en Polonia: todos construyeron su legitimidad política sobre alguna versión del argumento soberanista contra la gobernanza internacional.

Dani Rodrik, en *La paradoja de la globalización* (2011), ofrece quizás la formulación más rigurosa del dilema: hiperglobalización, democracia nacional y soberanía del Estado-nación son los tres vértices de un triángulo del que solo podemos ocupar dos al mismo tiempo. Si queremos democracia genuina y soberanía nacional, debemos limitar la integración económica global. Si queremos hiperglobalización y democracia, debemos ceder soberanía a instituciones globales democráticas —que no existen. Si queremos hiperglobalización y soberanía nacional, debemos sacrificar la democracia.

El neoprogresismo, en su versión más coherente, apuesta por el segundo vértice del triángulo de Rodrik: gobernanza global democrática. El neoconservadurismo apuesta por el primero: democracia nacional con soberanía limitando la integración. El problema es que la primera opción es utópica en el corto plazo —no hay demos global— y la segunda puede producir una fragmentación del orden internacional con consecuencias impredecibles.



VI. La Inteligencia Artificial: El Campo de Batalla del Futuro

El sexto eje es el más reciente y, en muchos aspectos, el más decisivo para el largo plazo: la gobernanza de la inteligencia artificial. Este tema recibirá un capítulo dedicado más adelante, pero vale mencionar aquí su estructura como campo de batalla.

Para el bloque neoconservador, la regulación de la IA es, en su versión más extrema, otra forma de censura tecnocrática: las grandes corporaciones tecnológicas, aliadas con organismos reguladores capturados, utilizan la justificación de la seguridad para controlar qué ideas pueden circular, qué contenidos son accesibles y quién tiene poder sobre la producción de conocimiento. Elon Musk, al comprar Twitter y posicionar sus políticas de moderación como un combate por la libertad de expresión, encarna perfectamente este argumento.

Para el bloque neoprogresista, la IA desregulada es una amenaza existencial para la democracia: amplifica la desinformación, perpetúa y automatiza los sesgos discriminatorios históricos, concentra el poder económico y político en pocas corporaciones, y puede ser utilizada por actores autoritarios para la vigilancia masiva. Kate Crawford, en *Atlas of AI* (2021), y Shoshana Zuboff, en *La era del capitalismo de vigilancia* (2019), han producido los análisis más influyentes de estos riesgos.

Lo que hace este eje especialmente significativo es que, a diferencia de los otros cinco, no es simplemente un debate sobre valores: es un debate sobre la tecnología que determinará las condiciones materiales de todos los demás debates. Quien controle la infraestructura de la IA tendrá una ventaja estructural en todos los campos de batalla culturales, políticos y económicos que hemos descrito.

CAPÍTULO IV

Cuatro Espejos Históricos

Y el Acelerador Digital

La historia no se repite, pero rima. El historiador inteligente no busca el paralelismo exacto sino la estructura profunda que une momentos separados por siglos.

— Mark Twain, atribuido

Una de las virtudes del documento de análisis base de este libro es que no se contenta con el diagnóstico del presente: busca los espejos históricos que permiten comprender la estructura profunda del momento que atravesamos. Cuatro analogías se proponen, cada una iluminando un aspecto diferente del conflicto. Este capítulo las desarrolla y evalúa, añadiendo la dimensión que el análisis no puede ignorar: el acelerador digital que comprime los ciclos históricos de manera sin precedentes.



I. La Reforma Protestante (1517–1648): La Ruptura de la Autoridad Epistémica

El 31 de octubre de 1517, Martín Lutero clavó —según la tradición, aunque los historiadores modernos debaten los detalles— sus noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia del Castillo de Wittenberg. Lo que comenzó como un debate teológico sobre las indulgencias se convirtió, en el espacio de una generación, en la fractura más profunda de la civilización occidental desde el Cisma de Oriente.

Lo que Lutero quebró no fue solo la teología. Fue el monopolio de la autoridad epistémica. La Iglesia Romana no solo decía cómo debían vivirse las almas en el más allá: decía qué era verdad en el presente, cómo debía interpretarse la realidad, quién tenía autoridad para leer el texto sagrado y qué significaban sus palabras. La imprenta de Gutenberg hizo lo que Internet hace hoy: democratizó el acceso al texto y pulverizó al intermediario.

La analogía con el presente es exacta en su estructura. Los medios masivos y las universidades han perdido el monopolio del relato de la misma manera que Roma lo perdió en 1517. Y como entonces, el resultado no es simplemente más libertad de forma ordenada: es una guerra de treinta años por decidir quién tiene autoridad para definir la

realidad. En el siglo XVI esa guerra fue literalmente militar —las guerras de religión, la Guerra de los Treinta Años— y mató a quizás un tercio de la población de Europa Central. Hoy la guerra es cultural, pero igual de total en sus pretensiones.

Brad Gregory, en *La revolución no deseada* (2012), ofrece el análisis histórico más matizado de las consecuencias de largo plazo de la Reforma: la fragmentación religiosa no produjo el pluralismo tolerante que los liberales modernos celebran, sino décadas de conflicto antes de que la exhaustión forzara la coexistencia. La Paz de Westfalia (1648) no resolvió el conflicto teológico —lo institucionalizó dividiéndolo geográficamente en el principio *cuius regio, eius religio*.

Quizás el destino de Occidente sea parecido: no un ganador en la guerra cultural, sino una coexistencia forzada de zonas culturales con valores inconmensurables —estados o regiones con distintas normas sobre género, migración, educación, libertad de expresión— en una suerte de federalismo post-liberal que ya no pretende la universalidad de sus valores. Es el escenario menos catastrófico, pero también el que más se aleja del proyecto de la Ilustración.



II. La Belle Époque (1880–1914): La Analogía más Cercana

Si hay que elegir un solo espejo histórico para el presente, el documento de análisis tiene razón al señalar la Belle Époque. El período 1880–1914 vivió una globalización acelerada por el ferrocarril y el telégrafo —las tecnologías de la velocidad de su tiempo— una revolución industrial que creó riqueza sin precedentes y destruyó comunidades enteras, un cosmopolitismo de élites que viajaban, comerciaban e intercambiaban ideas sin fronteras, y una reacción nacionalista y proteccionista que llegó desde abajo.

Karl Polanyi, en *La gran transformación* (1944), fue el primero en articular sistemáticamente la lógica de este período: el mercado autorregulado produce inevitablemente una contrarreacción de protección social, porque las comunidades humanas no pueden soportar indefinidamente ser tratadas como mercancías. El doble movimiento de Polanyi —liberalización seguida de reincorporación proteccionista— describe perfectamente la dinámica que hoy llamamos populismo: la respuesta de las comunidades que se sienten dejadas atrás por la globalización.

Lo que hace aterrador este paralelo no es la semejanza estructural, sino el desenlace. Las élites de 1910 creían genuinamente que la guerra entre potencias civilizadas era imposible —demasiado costosa, demasiado interconectadas las economías. Norman Angell publicó *La gran ilusión* en 1910, argumentando con precisión impecable que la guerra sería económicamente suicida para todos sus participantes. Cuatro años después, Europa empezaba el conflicto más devastador de su historia.

La ilusión de los mercados interconectados como garantía de paz —que el costo económico de la guerra hace el conflicto racional imposible— es exactamente la ilusión que hoy comparten las élites tecnológicas y financieras globalizadas. Las cadenas de suministro globales, la interdependencia financiera, el comercio electrónico transfronterizo: todo ello es percibido como un escudo contra el conflicto mayor. La pregunta que 1914 hace ineludible es si ese escudo puede resistir la presión de las tensiones políticas internas cuando estas alcanzan cierto umbral.



III. Los Años 1930: La Advertencia Más Perturbadora

La pertinencia de los años 30 como espejo histórico no reside en el fascismo como tal. No hay equivalente real hoy de un partido de masas con paramilitares, ideología de conquista y voluntad de poder total. Las democracias contemporáneas, con toda su fragilidad, son institucionalmente más robustas que las democracias de Weimar o de la Tercera República francesa.

La pertinencia de los 30 está en el vaciamiento del centro. La democracia liberal de entreguerras no colapsó porque los extremos fueran invencibles; colapsó porque el centro dejó de tener respuestas creíbles para la crisis económica y la humillación nacional. Los partidos de centro —socialdemócratas moderados, liberales, demócrata-cristianos— perdieron su capacidad de proponer soluciones que parecieran a la vez eficaces y justas, y ese vacío fue llenado por proyectos de poder que prometían certeza donde había angustia.

Hannah Arendt, en *Los orígenes del totalitarismo* (1951), identificó el elemento clave: el totalitarismo no emerge de la maldad de mayorías endurecidas, sino de la atomización social —la destrucción de los lazos comunitarios que dan a las personas un sentido de pertenencia y de agencia colectiva— que hace a los individuos vulnerables a proyectos que ofrecen pertenencia, identidad y certeza al precio de la renuncia a la libertad.

¿Hay atomización social comparable hoy? Los datos son inquietantes. El sociólogo Robert Putnam documentó en *Solo en la bolera* (2000) el declive del capital social en Estados Unidos desde los años 60. Robert Bellah y sus colaboradores, en *Hábitos del corazón* (1985), analizaron la colonización del individualismo terapéutico sobre las formas tradicionales de compromiso cívico y comunitario. La pandemia de COVID-19 aceleró tendencias de aislamiento que ya existían. La tecnología digital, diseñada para conectar, ha producido en muchos casos formas de relación que sustituyen sin reemplazar el vínculo comunitario.

El peligro de los 30 no es, entonces, el regreso del fascismo histórico —que sería reconocible. El peligro es el proceso más silencioso de vaciamiento institucional que los 30 representan: cuando las instituciones pierden legitimidad sin que nadie las defienda

porque nadie cree verdaderamente en ellas, el campo queda abierto para proyectos de poder que no necesitan ser totalitarios para ser devastadores para la democracia.



IV. Los 60–70 y su Backlash: La Analogía del Ciclo

La cuarta analogía es la más precisa en términos de ciclo político: lo que vivimos hoy puede leerse como la segunda ola del backlash contra la revolución cultural de los años 60 y 70, amplificada por décadas de hegemonía institucional progresista y armada con infraestructura mediática que el primer backlash no tenía.

El movimiento del 68 —derechos civiles, feminismo, antibelicismo, liberación sexual, crítica de la autoridad institucional— fue la última vez que una revolución cultural de izquierda capturó las instituciones con esa profundidad. Y generó exactamente la misma reacción que toda revolución cultural genera: Thatcher en 1979, Reagan en 1980, los movimientos de la Mayoría Moral en Estados Unidos, la Europa conservadora de los años 80. El primer backlash fue culturalmente potente pero institucionalmente limitado: aceptaba el marco liberal básico y disputaba dentro de él.

Lo que hace diferente al backlash actual es que ya no acepta ese marco. Y tiene, a diferencia del primero, su propia infraestructura mediática: podcasts con decenas de millones de oyentes, plataformas de redes sociales donde la moderación ha retrocedido, think tanks con financiamiento equivalente al de las instituciones académicas tradicionales, y figuras públicas que combinan la audacia del outsider con la sofisticación retórica de intelectuales entrenados.

Pero la analogía también tiene sus límites: el backlash de los 80 ocurrió dentro de un consenso institucional básico que ambos bandos respetaban. Reagan y Thatcher cuestionaron el tamaño del Estado y las políticas sociales; no cuestionaron la legitimidad de las elecciones, la independencia del poder judicial ni la libertad de prensa. La diferencia cualitativa del backlash actual es que algunos de sus representantes más influyentes sí cuestionan esas bases institucionales —y esa es la diferencia que puede convertir un ciclo político ordinario en algo más grave.



V. El Acelerador Digital: La Variable que lo Cambia Todo

Todos los espejos históricos anteriores comparten una limitación: fueron procesos que se desarrollaron en décadas o siglos. La Reforma tomó ciento treinta años en producir una paz estable. La Belle Époque tardó tres décadas en incubar las tensiones que

estallarían en 1914. El fascismo necesitó quince años de crisis económica y política para escalar desde la marginalidad hasta el poder.

El acelerador digital comprime estos ciclos de manera cualitativamente diferente. Lo que en la Belle Époque tomó tres décadas puede desarrollarse hoy en un ciclo electoral. La razón es que la infraestructura de la información —la velocidad de circulación de los mensajes, la escala de los grupos que pueden ser organizados, la precisión con que las narrativas pueden ser personalizadas— ha cambiado las condiciones materiales del conflicto político de manera comparable a lo que el ferrocarril cambió las condiciones materiales de la guerra en el siglo XIX.

Eli Pariser, en *El filtro burbuja* (2011), describió el mecanismo central: los algoritmos de personalización de las redes sociales optimizan para el engagement, y el engagement es maximizado por el contenido que activa emociones fuertes —ira, indignación, miedo, exaltación identitaria. El resultado es que cada usuario habita una realidad informativa cada vez más homogénea y más extrema, porque los moderados aburren y los extremistas generan clics.

El efecto sobre la política democrática es devastador: la condición de posibilidad del compromiso democrático es un mínimo de realidad compartida sobre la cual debatir. Cuando ese mínimo desaparece —cuando los ciudadanos de un mismo país habitan universos informativos tan distintos que ni siquiera comparten los hechos básicos sobre los que discutir— el debate político se convierte en guerra cultural de suma cero.

Timothy Snyder, en *La carretera hacia la no-libertad* (2018), observa que el objetivo de la desinformación —sea de origen ruso, doméstico o algorítmico— no es convencer a nadie de nada en particular: es destruir la capacidad de distinguir entre lo verdadero y lo falso, produciendo una desorientación epistémica que hace a los ciudadanos más dependientes de figuras de autoridad que ofrezcan certeza y menos capaces de ejercer el juicio independiente que la democracia requiere.

Esta es la dimensión del acelerador digital que todos los marcos analíticos previos subestiman: no es solo que los conflictos se desarrollen más rápido. Es que el propio sustrato epistémico de la democracia —la esfera pública de deliberación racional de Habermas— está siendo erosionado por las estructuras de incentivos de las plataformas tecnológicas, en lo que Shoshana Zuboff llama la instrumentalización de la conducta humana con fines de lucro.

CAPITULO V

La Democracia como Campo de Batalla

Cuando el Juego Cuestiona sus Propias Reglas

La democracia es el peor sistema de gobierno, excepto por todos los demás que se han intentado.

— Winston Churchill, discurso en la Cámara de los Comunes, 1947

Hay algo cualitativamente diferente en la crisis democrática contemporánea respecto de las crisis anteriores. Las democracias han sido desafiadas antes: por el fascismo en los años 30, por el comunismo en la Guerra Fría, por los golpes militares en América Latina y el sur de Europa en los 60 y 70. En todos esos casos, la amenaza era externa al sistema democrático: venía de actores que rechazaban abiertamente la democracia y pretendían sustituirla por algo diferente.

Lo que hace única a la crisis actual es que la amenaza proviene del interior del sistema democrático mismo. Los actores que erosionan las instituciones democráticas no se presentan como antidemócratas: se presentan como los verdaderos demócratas, defensores de la voluntad popular contra las élites que han capturado las instituciones. La democracia se invoca para erosionar sus propias condiciones de posibilidad.

* * *

I. El Populismo como Ruptura Epistémica

Jan-Werner Müller, en *¿Qué es el populismo?* (2016), ofrece la definición más precisa del fenómeno: el populismo no es simplemente la apelación a la gente común contra las élites —eso sería una forma legítima de política democrática. El populismo es la pretensión de representar exclusivamente al verdadero pueblo, con la implicación de que quienes no comparten esa representación no pertenecen al pueblo o son sus enemigos.

Esta pretensión tiene consecuencias institucionales devastadoras. Si el gobierno populista encarna la voluntad del verdadero pueblo, entonces las instituciones que limitan su poder —poder judicial independiente, medios libres, oposición parlamentaria, organismos de control— no son mecanismos de accountability democrático: son obstáculos ilegítimos que las élites han construido para bloquear la voluntad popular. Su desmantelamiento no es un ataque a la democracia; es su realización.

Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, en *Cómo mueren las democracias* (2018), documentaron exhaustivamente este patrón: las democracias del siglo XXI raramente mueren por golpe de Estado. Mueren por erosión gradual —la muerte de mil cortes— a través de la politización de los organismos de control, la delegitimación del adversario, el hostigamiento a la prensa crítica y la modificación progresiva de las reglas electorales. Y este proceso ocurre, casi siempre, invocando la democracia.

Los casos son múltiples y documentados: Hungría bajo Viktor Orbán desde 2010, Turquía bajo Recep Tayyip Erdogan desde los primeros años 2000, Venezuela bajo Hugo Chávez desde finales de los 90, Polonia bajo el PiS entre 2015 y 2023, Brasil bajo Jair Bolsonaro entre 2019 y 2022. Y, con características propias pero estructura reconocible, Estados Unidos bajo Donald Trump en sus dos mandatos. En todos estos casos, el patrón es el mismo: líderes elegidos democráticamente que utilizan el poder para rediseñar las instituciones en su favor, invocando la voluntad popular como justificación.

* * *

II. La Erosión desde la Izquierda: El Caso del Veto Normativo

La amenaza populista de derecha es la más visible y la más estudiada. Pero sería un error ignorar las formas en que el bloque neoprogresista también puede erosionar las bases democráticas, aunque por caminos diferentes.

La amenaza progresista a la democracia no viene de la negación de las elecciones ni del hostigamiento a los jueces. Viene de lo que podríamos llamar el veto normativo: la tendencia a colocar ciertos temas fuera del debate democrático ordinario, a tratarlos como cuestiones de derechos humanos no negociables que no pueden ser sometidas a la deliberación electoral. Cuando una posición política puede ser descalificada a priori como violación de derechos fundamentales —y por tanto excluida del debate legítimo— sin pasar por el proceso deliberativo, se erosiona también el fundamento democrático de la legitimidad por argumentación pública.

Esto no es una acusación genérica: hay posiciones que sí deben estar fuera del debate democrático ordinario —la tortura, la esclavitud, el genocidio— porque hay consensos morales suficientemente amplios y bien fundados para sostenerlo. El problema surge cuando la lógica del veto normativo se extiende a cuestiones genuinamente controversiales donde la propia definición del derecho violado está en disputa. ¿Es el límite de edad para la transición de género una cuestión de derechos del niño o de opciones parentales? ¿Es la gestión de flujos migratorios una política pública debatible o una violación de derechos innegociable? Tratar estas preguntas como resueltas a priori es negar el espacio democrático de deliberación.

Yascha Mounk, en *El pueblo contra la democracia* (2018), identifica este fenómeno como parte de una crisis más amplia: el distanciamiento entre liberalismo y democracia. El liberalismo, en su versión contemporánea, tiende a crear instituciones contramayoritarias —cortes constitucionales, bancos centrales independientes, organismos reguladores— que sustraen decisiones importantes de la deliberación democrática. Cuando este distanciamiento es suficientemente grande, produce dos reacciones simétricas y peligrosas: la democracia iliberal (mayorías que ignoran los derechos individuales) y el liberalismo antidemocrático (élites que ignoran las mayorías).

* * *

III. El Problema de las Normas No Escritas

Levitsky y Ziblatt identificaron dos normas no escritas que han sido la verdadera garantía del funcionamiento democrático en Estados Unidos, más que las propias normas constitucionales escritas: la tolerancia mutua (el reconocimiento de la legitimidad del adversario como competidor legal, no como enemigo a destruir) y la contención institucional (la disposición a no utilizar todos los recursos legales disponibles si hacerlo viola el espíritu de la regla del juego).

Estas normas no son exclusivas del sistema norteamericano: son condiciones de posibilidad de cualquier democracia funcional. Y son exactamente las normas que están siendo erosionadas en múltiples democracias occidentales. Cuando un partido niega la legitimidad de las elecciones que perdió, cuando utiliza todos los mecanismos de obstrucción disponibles para bloquear al adversario, cuando promueve la investigación penal de sus rivales como instrumento político: no viola necesariamente ninguna ley, pero viola las normas que hacen que la ley funcione como garantía democrática.

La fragilidad de las normas no escritas es que, una vez que son violadas, es difícil restaurarlas sin un proceso de reconstitución deliberada —lo que generalmente requiere una crisis que haya dejado suficientemente claro el costo de su ausencia. Las constituciones postbélicas de Alemania e Italia fueron diseñadas con mecanismos específicos para prevenir el retorno del fascismo, precisamente porque la memoria del costo era todavía vívida. La pregunta es si las democracias contemporáneas están generando ese tipo de aprendizaje o simplemente normalizando la erosión.

* * *

IV. El Caso de los Países que Ya Pasaron el Umbral

El análisis de las tendencias abstractas se vuelve más urgente cuando se examina lo que ha ocurrido en los países que han cruzado el umbral de la erosión democrática

significativa. Hungría es el caso más estudiado, y sus lecciones son perturbadoras precisamente por la velocidad y la sistematicidad del proceso.

Viktor Orbán llegó al poder en 2010 con una mayoría constitucional del 53% de los votos. En los cuatro años siguientes, utilizó esa mayoría para reescribir la constitución, colonizar el poder judicial con jueces leales, transferir medios de comunicación a empresarios afines, rediseñar la ley electoral para favorecer al partido gobernante, y dismantelar la independencia de las instituciones reguladoras. En 2014, Freedom House calificó a Hungría como democracia parcial. En 2022, la calificó como régimen híbrido — ya no una democracia defectuosa, sino algo cualitativamente diferente.

El caso húngaro es relevante para el análisis del choque interno occidental por una razón específica: Orbán no llegó al poder como un outsider antidemócrata. Llegó como un político formado en las instituciones democráticas liberales —estudió en Oxford con una beca Soros, fundó un partido liberal en 1988— que luego rearticuló su proyecto en términos civilizacionales: la defensa de la Europa cristiana contra la inmigración, el liberalismo y el multiculturalismo. La trayectoria de Orbán es, en miniatura, la trayectoria del neoconservadurismo civilizacional en su relación con las instituciones democráticas.

Otros casos —Turquía, Serbia, la Polonia del PiS, el Brasil de Bolsonaro— comparten rasgos estructurales con variaciones importantes. Lo que todos tienen en común es que el deterioro democrático fue presentado como una corrección democrática, y que encontró una resistencia institucional insuficiente para detenerlo antes de que alcanzara un punto de difícil reversión.

* * *

V. ¿Puede la Democracia Defenderse a Sí Misma?

La pregunta más urgente no es diagnóstica sino prescriptiva: ¿puede la democracia liberal generar los anticuerpos institucionales necesarios para resistir las amenazas que provienen de su propio interior? La respuesta de la ciencia política comparada es condicionalmente afirmativa: sí puede, pero requiere actores políticos dispuestos a hacer coaliciones transpartidistas en defensa de las normas básicas, incluso a costo electoral.

Karl Popper, en *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945), formuló la que sigue siendo la paradoja más relevante: una sociedad que tolera la intolerancia ilimitada acabará destruida por los intolerantes. La tolerancia tiene que ser tolerante con todo, excepto con la intolerancia. Aplicado a la democracia: la democracia debe ser capaz de no tolerar a los actores que utilizan los mecanismos democráticos para destruirla.

La dificultad es que la aplicación práctica de este principio requiere juicios sobre cuándo un actor ha cruzado el umbral de la intolerancia antidemocrática, y esos juicios son inevitablemente contestados. Cada lado del conflicto que describimos acusa al otro de ser

el verdadero enemigo de la democracia. Esa simetría acusatoria —donde ambos bandos se señalan mutuamente como los destructores del orden democrático— es quizás la manifestación más inquietante de la profundidad del conflicto.

CAPITULO VI

Los Derechos Humanos en la Encrucijada

De Consenso Universal a Campo de Batalla

*Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos.
La Declaración Universal no es un texto occidental: es el producto de una
negociación civilizacional que todavía no hemos honrado.*

— **Mary Robinson, ex Alta Comisionada de la ONU para los
Derechos Humanos**

La Declaración Universal de Derechos Humanos, adoptada por la Asamblea General de la ONU el 10 de diciembre de 1948, fue el producto de un esfuerzo deliberado de construir un lenguaje normativo capaz de trascender las divisiones ideológicas, culturales y geopolíticas del mundo de la posguerra. Eleanor Roosevelt, que presidió la comisión redactora, entendía perfectamente la fragilidad del proyecto: los derechos solo sobrevivirían si encontraban sustrato en las culturas y los sistemas legales nacionales, no solo en los tratados internacionales.

Setenta y cinco años después, ese sustrato está cuestionado desde múltiples direcciones. El sistema internacional de derechos humanos enfrenta la crisis más profunda de su historia, y esa crisis no es simplemente el resultado de la mala fe de los regímenes autoritarios: refleja contradicciones genuinas dentro del propio proyecto de derechos universales que los fundadores intuían pero dejaron sin resolver.

* * *

I. Las Tres Crisis del Sistema Internacional de Derechos Humanos

La crisis de universalidad

El argumento del relativismo cultural —que los derechos humanos son una construcción occidental que refleja valores particulares de la tradición liberal iluminista, y que su imposición como estándar universal es una forma de imperialismo cultural— no es nuevo. En los años 90, varios gobiernos asiáticos —Singapur, China, Malasia— promovieron el concepto de los valores asiáticos como alternativa a los derechos liberales occidentales. El argumento cayó en descrédito en parte por la crisis financiera asiática de 1997 y en parte por su utilización como justificación de autoritarismos cínicos.

Pero la versión contemporánea del argumento es más sofisticada y políticamente más efectiva. China ha desarrollado un discurso sistemático sobre los derechos humanos que enfatiza los derechos económicos y sociales —derecho al desarrollo, derecho a salir de la pobreza— sobre los derechos civiles y políticos. Rusia ha articulado un discurso sobre los valores tradicionales como alternativa a los derechos LGBTQ+. Y ambas posiciones encuentran eco significativo en el Sur Global, donde las élites políticas perciben a menudo el universalismo de derechos como un instrumento de presión occidental selectivo y hipócrita.

Abdullahi Ahmed An-Naim, uno de los pensadores islámicos más influyentes sobre derechos humanos, propuso en *Hacia una teoría islámica de los derechos humanos* (1990) que el camino para una genuina universalidad no pasa por imponer el estándar liberal occidental, sino por encontrar los recursos internos en cada tradición cultural que permitan fundamentar los derechos desde adentro. Este proyecto de pluralismo fundamentado es intelectualmente más honesto que el universalismo abstracto, pero no ha logrado producir instituciones capaces de resolver los conflictos reales entre sistemas normativos incompatibles.

La crisis de coherencia

La segunda crisis es interna al propio sistema occidental de derechos: la multiplicación de derechos hasta el punto en que entran en conflicto irresoluble entre sí. El derecho a la libertad de expresión contra el derecho a no ser objeto de discurso de odio. El derecho de los padres a educar a sus hijos en sus valores contra el derecho de los niños a educación inclusiva. El derecho a la privacidad contra el derecho a la transparencia democrática. El derecho de las comunidades a preservar su identidad cultural contra el derecho de los individuos a salir de esas comunidades.

Isaiah Berlin, en *Dos conceptos de libertad* (1958), diagnosticó la raíz del problema: la libertad negativa (libertad de interferencia) y la libertad positiva (libertad para el desarrollo de la propia vida) no son siempre compatibles, y sus conflictos no pueden resolverse por referencia a un principio superior que las jerarquice definitivamente. La pluralidad de valores es irreductible, y las elecciones entre ellos son trágicas en el sentido de que implican pérdidas reales que no pueden ser compensadas plenamente.

El sistema de derechos humanos, construido sobre la ilusión de que todos los derechos son compatibles y se refuerzan mutuamente, no tiene mecanismos conceptuales bien desarrollados para gestionar estos conflictos. El resultado es que cada conflicto de derechos se convierte en un campo de batalla político donde la resolución no depende de principios sino de correlaciones de fuerza institucional.

La crisis de efectividad

La tercera crisis es la más práctica: el sistema internacional de derechos humanos carece de mecanismos de enforcement suficientemente robustos para hacer cumplir sus normas frente a Estados dispuestos a ignorarlas. El Consejo de Derechos Humanos de la ONU ha sido repetidamente cuestionado por incluir en su membresía a países con graves violaciones documentadas; la Corte Penal Internacional no tiene jurisdicción sobre las potencias mayores que no han ratificado el Estatuto de Roma; el sistema regional europeo es el más efectivo del mundo pero está siendo presionado por los mismos Estados que antes eran sus más entusiastas promotores.

Michael Ignatieff, en *Los derechos humanos como política e idolatría* (2001), formuló el dilema con lucidez incómoda: los derechos humanos solo funcionan cuando los Estados los incorporan voluntariamente en sus sistemas legales nacionales; cuando no lo hacen, la presión internacional es a menudo selectiva, hipócrita y contraproducente. La única alternativa —una autoridad supranacional con poder coercitivo real— requeriría una cesión de soberanía que ningún Estado poderoso está dispuesto a hacer.

* * *

II. Los Derechos Humanos en el Choque Interno Occidental

Pero la crisis más profunda del sistema de derechos humanos no proviene de los regímenes autoritarios externos: proviene del choque interno occidental que este libro documenta. En ese choque, el lenguaje de los derechos humanos ha sido apropiado por ambos bloques para fines mutuamente incompatibles, produciendo una fragmentación del consenso normativo que era la principal fortaleza del sistema.

El bloque neoprogresista ha expandido el catálogo de derechos para incluir derechos que hace tres décadas habrían sido considerados controversiales: derechos reproductivos como derecho humano universal, derechos de las personas trans incluyendo el acceso a intervenciones médicas de afirmación de género como derecho a la identidad, derechos a la vivienda y al agua como derechos fundamentales exigibles judicialmente, derechos de futuras generaciones como justificación de la acción climática. Cada una de estas expansiones tiene fundamentos normativos genuinamente discutibles, pero su velocidad y su modalidad de implementación —frecuentemente por vía judicial o ejecutiva, sin deliberación legislativa suficiente— ha generado una reacción de legitimidad.

El bloque neoconservador ha respondido con una rearticulación de los derechos que privilegia la libertad negativa sobre la positiva: libertad de expresión como derecho casi absoluto, libertad religiosa como escudo contra obligaciones de no discriminación, derechos parentales como límite a la acción educativa del Estado, soberanía nacional como derecho de los pueblos que limita las obligaciones internacionales de derechos humanos.

Esta rearticulación no es necesariamente mala fe: refleja una tradición filosófica legítima dentro del pensamiento liberal clásico.

El resultado es que el lenguaje de los derechos humanos, que fue diseñado como vocabulario de consenso, se ha convertido en vocabulario del conflicto: cada bando lo habla, pero hablan idiomas distintos e inconmensurables. Donde el neoprogresista ve la protección de la dignidad de una persona trans, el neoconservador ve la imposición ideológica sobre la conciencia de una mayoría. Donde el neoconservador ve la libertad religiosa de una institución educativa, el neoprogresista ve la discriminación contra una minoría.

* * *

III. El Camino Posible: Entre el Absolutismo y el Relativismo

¿Existe un camino entre el absolutismo normativo —que pretende resolver todos los conflictos de derechos por referencia a principios que en realidad son contestados— y el relativismo cultural —que disuelve la universalidad de los derechos en la pluralidad inconmensurable de las culturas?

Amartya Sen, en *La idea de la justicia* (2009), propone el concepto de razonamiento público abierto: la universalidad de los derechos no requiere un consenso metafísico sobre los fundamentos, sino la disposición a razonar públicamente sobre los principios que deben guiar la convivencia, exponiendo esos razonamientos al escrutinio de personas con diferentes perspectivas. Este enfoque pluralista y deliberativo no resuelve los conflictos, pero proporciona un procedimiento legítimo para gestionarlos que es superior tanto al fiat normativo como al relativismo paralizante.

Jürgen Habermas, en *Facticidad y validez* (1992), ofrece una versión procedimental similar: la legitimidad de las normas no depende de su contenido —que siempre será contestado— sino del proceso discursivo por el cual fueron adoptadas. Las normas son legítimas cuando todos los afectados por ellas han tenido la oportunidad de participar en su adopción bajo condiciones de comunicación libre de dominación.

Ambas propuestas apuntan en la misma dirección: el futuro viable del proyecto de derechos humanos no es el universalismo impuesto desde arriba, sino el universalismo construido desde abajo mediante procesos deliberativos genuinamente inclusivos, que respeten la diversidad cultural sin disolver la universalidad de la dignidad humana. Este es, precisamente, el proyecto más difícil de sostener en el contexto del choque interno occidental que este libro documenta —porque requiere exactamente el tipo de diálogo que el choque hace cada vez más imposible.

CAPITULO VII

La Inteligencia Artificial como Multiplicador del Conflicto

El Campo de Batalla que Define todos los Demas

Estamos construyendo una maquinaria de modificacion del comportamiento que opera a escala sin precedentes. Y lo estamos haciendo para beneficio de unos pocos a expensas de todos los demas.

— Shoshana Zuboff, **La era del capitalismo de vigilancia, 2019**

Los siete capítulos anteriores han analizado el choque interno de Occidente desde la perspectiva de la teoría política, la filosofía moral y la historia comparada. Este capítulo introduce la variable que todos esos marcos analíticos subestiman: la inteligencia artificial como acelerador exponencial y multiplicador estructural del conflicto. No es simplemente otro tema de disputa entre los dos bloques —aunque también lo es— sino la tecnología que está alterando las condiciones materiales del conflicto mismo, de la misma manera en que la imprenta de Gutenberg alteró las condiciones materiales de la Reforma Protestante.

* * *

I. La IA como Infraestructura del Conflicto Epistémico

El conflicto central que este libro documenta —la guerra por la autoridad para definir la realidad— no puede entenderse en el siglo XXI sin comprender el papel de las plataformas tecnológicas como infraestructura de esa guerra. Las redes sociales no son canales neutrales de transmisión de información: son sistemas diseñados para maximizar el engagement, y el engagement es maximizado por el contenido que activa emociones fuertes.

Los experimentos internos de Facebook, filtrados por la ex ingeniera Frances Haugen en 2021, demostraron lo que los investigadores habían estado señalando durante años: el algoritmo de amplificación de contenido favorece sistemáticamente el contenido que genera ira, indignación y conflicto sobre el que genera reflexión o acuerdo. No porque haya una intención maliciosa detrás: sino porque la ira retiene a los usuarios más tiempo en la plataforma, y el tiempo de retención se traduce en ingresos publicitarios.

El resultado es un sistema que, de manera estructural y sin necesidad de conspiraciones, polariza a sus usuarios, amplifica las narrativas más extremas de cada

bando y destruye el terreno común necesario para la deliberación democrática. Cass Sunstein, en *#Republic* (2017), documentó el efecto de la segmentación informativa: las personas que consumen exclusivamente contenido que confirma sus posiciones previas no solo refuerzan esas posiciones, sino que las radicalizan —el efecto de cascada en los grupos políticamente homogéneos.

La inteligencia artificial generativa —los modelos de lenguaje de gran escala que producen texto, imagen, audio y video indistinguibles del contenido humano— amplifica este problema en órdenes de magnitud. La capacidad de producir desinformación de alta calidad a escala industrial y a costo mínimo modifica radicalmente el ecosistema de información en que funcionan las democracias. Si la condición de posibilidad de la democracia es algún grado de realidad compartida sobre la cual deliberar, y si esa realidad compartida puede ser sistemáticamente contaminada por actores con suficientes recursos, la pregunta no es si la democracia puede sobrevivir a la IA no regulada: es cuánto tiempo puede sobrevivir.

* * *

II. La IA como Automatizador de Desigualdad

La segunda dimensión de la IA como multiplicador del conflicto es su impacto sobre la distribución del trabajo y la riqueza. Los efectos económicos de la automatización inteligente —a diferencia de la automatización mecánica del siglo XX, que destruyó empleos repetitivos manuales— están comenzando a afectar empleos cognitivos de clase media: contabilidad, análisis legal básico, diagnosis médica rutinaria, programación de nivel medio, gestión de proyectos estándar.

Daron Acemoglu y Pascual Restrepo, en una serie de investigaciones publicadas entre 2018 y 2023, han documentado empíricamente que la automatización tiende a producir crecimiento agregado pero concentrar los beneficios entre los propietarios del capital y los trabajadores de alta cualificación, mientras destruye o devalúa los empleos de clase media. Este proceso —la polarización del mercado laboral— no es nuevo, pero la IA lo acelera y lo extiende a sectores hasta ahora protegidos.

La conexión con el conflicto político es directa: las investigaciones empíricas sobre el voto populista en múltiples países occidentales muestran consistentemente que el predictor más potente del voto por candidatos antisistema no es la pobreza absoluta sino la inseguridad económica de trabajadores de clase media que perciben que su posición está amenazada. La IA que destruye empleos de clase media es, desde esta perspectiva, una fábrica de votantes populistas.

* * *

III. La IA como Campo de Batalla Geopolítico

La competencia por el liderazgo en inteligencia artificial se ha convertido en el núcleo de la rivalidad geopolítica entre Estados Unidos y China, con implicaciones directas para el choque interno occidental y para el orden internacional más amplio.

China ha declarado explícitamente su objetivo de convertirse en el líder mundial en IA para 2030 (Nueva Generación de Plan de Desarrollo de IA, 2017), y ha avanzado en esa dirección con una combinación de inversión estatal masiva, acceso privilegiado a datos de su enorme población, y una disposición a utilizar la IA para fines de control social y vigilancia que las democracias liberales difícilmente podrían replicar sin destruir sus propias bases normativas.

Esta asimetría produce un dilema genuinamente difícil para las democracias occidentales: la regulación ética de la IA —que protege la privacidad, limita los sesgos discriminatorios y previene usos autoritarios— puede producir una desventaja competitiva real en la carrera tecnológica. El argumento es el equivalente moderno del dilema del prisionero en el armamentismo de la Guerra Fría: si regulamos y el adversario no lo hace, perdemos la carrera; si no regulamos, ganamos la carrera pero destruimos los valores que hacen que valga la pena ganarla.

Nick Bostrom, en *Superinteligencia* (2014), y Stuart Russell, en *Human Compatible* (2019), han planteado la dimensión de más largo plazo: el problema del alineamiento de la IA con los valores humanos es el problema técnico más importante de la historia de la humanidad, porque una IA de nivel superhumano que no comparta nuestros valores podría representar una amenaza existencial independientemente de quien la controle. Desde esta perspectiva, el choque interno de Occidente sobre la gobernanza de la IA no es un lujo filosófico: es una disputa sobre la supervivencia.

* * *

IV. El Choque sobre la IA: Las Posiciones en Disputa

El debate interno occidental sobre la gobernanza de la IA reproduce, con sus especificidades propias, la estructura del choque que hemos documentado en los capítulos anteriores. Los dos bloques sostienen posiciones radicalmente distintas sobre quién debe controlar el desarrollo de la IA, con qué objetivos y bajo qué restricciones.

El bloque tecno-libertario —que con frecuencia se solapa con el neoconservadurismo en su desconfianza de la regulación estatal— sostiene que la regulación prematura de la IA generaría una pérdida de ventaja competitiva para Occidente, concentraría el poder de decisión en burócratas con incentivos perversos, y probablemente sería ineficaz dado el ritmo de cambio tecnológico. La posición de Elon Musk —que simultáneamente alerta sobre los peligros de la IA superinteligente y se opone

a la regulación gubernamental— ilustra la incoherencia interna de esta posición, aunque también su pragmatismo político.

El bloque regulacionista —que incluye tanto progresistas preocupados por los derechos digitales como conservadores preocupados por la soberanía tecnológica— sostiene que sin regulación, la IA será capturada por intereses corporativos que la utilizarán para ampliar su poder a expensas de los ciudadanos, los trabajadores y las instituciones democráticas. La Unión Europea, con su AI Act de 2024, ha tomado la delantera en este enfoque, con consecuencias todavía inciertas para la competitividad tecnológica europea.

Lo que hace este debate especialmente difícil es que ambas posiciones tienen razones genuinas para sus temores, y el costo de equivocarse en cualquier dirección es potencialmente catastrófico. Demasiada regulación puede producir el estancamiento tecnológico que beneficia a China. Demasiada poca puede producir la destrucción de las instituciones democráticas que la diferencia entre Occidente y sus adversarios es supuesta preservar.

CAPITULO VIII

Tres Escenarios para el Mediano Plazo

2025-2035: Lo que Puede Ocurrir

El futuro no es un lugar al que vamos. Es un lugar que estamos creando. Los caminos hacia el futuro no se descubren; se construyen. Y el acto de construirlos cambia tanto al constructor como al destino.

— John Schaar, politólogo norteamericano

El análisis histórico y comparativo de los capítulos anteriores no tiene valor si no se traduce en alguna forma de proyección estratégica. Este capítulo articula tres escenarios para el mediano plazo —la ventana 2025-2035— contruidos sobre la base del análisis precedente y de la evaluación de las variables más inciertas. Los escenarios no son predicciones: son estructuras de posibilidad que permiten pensar estratégicamente sobre el presente.

Cada escenario tiene sus condiciones de activación —las condiciones que deben cumplirse para que ese escenario se materialice— y sus implicaciones estratégicas para los actores que procuran sostener las instituciones democráticas y el respeto por los derechos humanos en un período de turbulencia.

* * *

I. Escenario 1: La Westfalia Cultural — El Más Probable

El primer escenario es el de la institucionalización del conflicto sin resolución. Las democracias occidentales aprenden a vivir con la fractura, pero lo hacen al precio de abandonar la pretensión de universalidad de sus valores y de fragmentar las instituciones supranacionales en zonas de influencia cultural.

Descripción del escenario

En este escenario, los países occidentales se reorganizan en torno a zonas culturales con autonomía creciente: estados o regiones que aplican distintas normas sobre migración, educación, libertad de expresión, política energética y derechos de las minorías. El federalismo —tanto dentro de los Estados nacionales como en las organizaciones supranacionales— se convierte en el mecanismo de gestión del pluralismo irreducible. La Unión Europea se fragmenta funcionalmente en círculos concéntricos de integración, con

un núcleo de países que comparten normas comunes y una periferia que mantiene la asociación económica mientras rechaza la armonización normativa.

La democracia sobrevive en este escenario, pero fragmentada y con menor capacidad de acción colectiva. Los organismos multilaterales se vuelven crecientemente formales, con poca capacidad de enforcement real sobre los Estados miembros que los cuestionan. El lenguaje de los derechos humanos se pluraliza: ya no hay una interpretación canónica aceptada universalmente, sino interpretaciones regionalmente divergentes que coexisten en tensión.

Condiciones de activación

Este escenario se activa si el conflicto cultural no produce crisis institucionales agudas en las democracias mayores, si los partidos de centro logran reconstituirse como actores relevantes en algunos países aunque no en todos, y si la economía global evita una recesión profunda que radicalice las posiciones. Es el escenario de la coexistencia forzada: nadie gana, nadie pierde catastrófico, pero el proyecto de la modernidad occidental como universalismo normativo se abandona silenciosamente.

Implicaciones estratégicas

En la Westfalia Cultural, China y Rusia se benefician directamente del abandono occidental del universalismo normativo: si Occidente ya no puede presentar la democracia y los derechos humanos como valores universales sin ser acusado de hipocresía interna, el argumento a favor del modelo chino o ruso se vuelve más competitivo. La erosión del soft power occidental es la consecuencia geopolítica más significativa de este escenario.

* * *

II. Escenario 2: La Crisis de Legitimidad en Cascada — El Más Peligroso

El segundo escenario es el del quiebre institucional en cascada: la erosión democrática supera el umbral crítico en dos o tres democracias occidentales mayores, produciendo un efecto de contagio que desestabiliza el sistema internacional liberal.

Descripción del escenario

El gatillante podría ser cualquiera de varios eventos: un proceso electoral cuestionado que no encuentra resolución pacífica en un país mayor —el 6 de enero de 2021 en Estados Unidos fue un ensayo; la repetición podría no tener un final tan relativamente benigno—; una crisis económica profunda generada por la disrupción tecnológica del mercado laboral o por el impacto acumulado de las guerras comerciales; una disrupción tecnológica en el ecosistema de información —deepfakes a escala masiva durante una

campaña electoral— que haga imposible sostener una esfera pública mínimamente compartida.

En este escenario, el efecto de contagio entre democracias opera de manera perversa: cada quiebre democrático en un país normaliza las herramientas para los actores que las querían usar en otros. El trumpismo en Estados Unidos validó el orbanism en Europa; el orbanism validó al PiS polaco; el PiS validó a Giorgia Meloni en Italia. La dirección del contagio es más fácil hacia la erosión que hacia la restauración, porque los actores que se benefician de la erosión tienen incentivos para acelerar el proceso una vez iniciado.

Condiciones de activación

Este escenario se activa si la polarización interna alcanza un nivel en que los partidos de gobierno perciben que el costo de perder el poder supera el costo de violar las normas institucionales; si la economía produce una crisis de clase media suficientemente aguda para legitimar soluciones radicales; o si la desinformación tecnológica destruye la credibilidad de las instituciones electorales de manera suficientemente amplia como para que la verificación independiente de resultados sea imposible.

Implicaciones estratégicas

Las implicaciones de este escenario son las más graves para el orden internacional. Sin democracias occidentales creíbles como modelo alternativo, el argumento a favor del autoritarismo —que produce orden y desarrollo a expensas de la libertad— se vuelve globalmente más competitivo. La arquitectura internacional construida después de 1945 —Naciones Unidas, Bretton Woods, la arquitectura de defensa colectiva, el sistema de tribunales internacionales— depende de que las democracias liberales sigan siendo la coalición dominante. Su erosión simultánea produciría un vacío de orden global con consecuencias impredecibles.

* * *

III. Escenario 3: La Síntesis por Crisis — El Más Esperanzador

El tercer escenario es el de la reconstitución democrática bajo presión: una crisis suficientemente grande obliga a los actores políticos a superar el conflicto cultural y reconstruir un consenso mínimo sobre las instituciones y los procedimientos democráticos.

Descripción del escenario

La historia sugiere que las síntesis políticas grandes ocurren frecuentemente bajo presión extrema: el New Deal fue posible por la Gran Depresión. El Estado de bienestar

européa fue posible por la memoria viva de la guerra. Las constituciones democráticas postbélicas de Alemania, Italia y Japón fueron posibles porque el fascismo había demostrado con brutalidad suficiente el costo de la ausencia de garantías institucionales.

En este escenario, una crisis —climática, tecnológica, epidémica, geopolítica— suficientemente grave y con consecuencias distribuidas ampliamente produce una reconstitución de las coaliciones políticas de centro. Los actores que han estado disputando la guerra cultural descubren que tienen un enemigo común cuya amenaza supera su conflicto mutuo. Y ese descubrimiento abre el espacio para un nuevo pacto político que actualice las instituciones democráticas y el lenguaje de los derechos a las condiciones del siglo XXI.

Condiciones de activación

Este escenario requiere tres condiciones simultáneas: una crisis lo suficientemente grave y distribuida para afectar a los constituyentes de ambos bloques; liderazgos políticos en posiciones clave que estén dispuestos a hacer coaliciones transpartidistas a costo electoral; y un nivel mínimo de confianza institucional residual que permita que las soluciones acordadas sean percibidas como legítimas.

La paradoja de la esperanza

La tragedia de este escenario es que su catalizador histórico habitual es el desastre. Las grandes síntesis democráticas han venido después de grandes sufrimientos. Y nadie puede, ni debe, desear el sufrimiento como condición de la renovación política. Lo que este escenario sugiere como imperativo práctico es trabajar para construir sus condiciones de activación sin esperar la crisis: fortalecer las instituciones mientras todavía funcionan, reconstruir los puentes de diálogo mientras todavía hay interlocutores dispuestos, invertir en las narrativas que identifican el enemigo común —el cambio climático, la IA no gobernada, el autoritarismo externo— antes de que ese enemigo se haya cobrado sus primeras víctimas masivas.

* * *

IV. Variables Críticas que Determinan el Escenario

Tres variables determinarán en gran medida cuál de los escenarios se materializa. Son variables sobre las que los actores políticos, sociales e institucionales tienen algún grado de influencia, lo que las convierte en los focos estratégicos más relevantes para quienes trabajan por la preservación de la democracia y los derechos humanos.

La primera variable es la capacidad de los partidos de centro para reconstituirse como actores con propuestas creíbles tanto para la economía material como para las inquietudes culturales. Los partidos que solo hablan de redistribución sin escuchar las

preocupaciones identitarias pierden ante el populismo de derecha. Los que solo hablan de identidad sin propuestas económicas serias pierden ante el populismo de izquierda. La síntesis es difícil pero no imposible: figuras como Keir Starmer en Gran Bretaña o Emmanuel Macron en Francia —con todos sus límites— representan intentos de esa reconstitución centrista.

La segunda variable es la regulación de las plataformas tecnológicas. Si el ecosistema de información sigue siendo un amplificador de polarización sin restricciones, la posibilidad de deliberación democrática genuina se reduce con cada ciclo electoral. Si la regulación logra preservar la libertad de expresión mientras limita la amplificación algorítmica del contenido extremo, el espacio para el diálogo político puede ser parcialmente restaurado.

La tercera variable es la respuesta a la disrupción económica de la IA. Si las ganancias de productividad generadas por la IA son apropiadas exclusivamente por el capital, el descontento de clase media que alimenta el populismo se intensificará. Si existe voluntad política para redistribuir esas ganancias —a través de políticas de transición laboral, renta básica, expansión de servicios públicos— la base social del extremismo puede ser reducida.

Ninguna de estas variables garantiza el mejor escenario. Pero ignorarlas garantiza los peores.

EPILOGO

Occidente en el Espejo de Si Mismo

No es posible resolver un problema desde el mismo nivel de conciencia que lo creo. Necesitamos ver nuestros problemas desde una perspectiva diferente para encontrar soluciones.

— Albert Einstein, atribuido

Este libro comenzó con una observación sobre Huntington: que su mapa era parcialmente útil pero incompleto, porque asumía la cohesión interna de Occidente como dada cuando precisamente esa cohesión era lo que estaba en disputa. Terminamos con una observación diferente: el problema del choque interno occidental no es solo político, no es solo cultural, no es solo institucional. Es un problema de imaginación histórica.

Las sociedades que han logrado superar sus grandes fracturas internas —y las han logrado superar, aunque siempre a un costo— lo han hecho porque encontraron narrativas capaces de articular un proyecto común que trascendiera las divisiones sin negarlas. La narrativa del New Deal articuló una versión de la economía mixta que liberales y laboristas podían abrazar con distinto énfasis. La narrativa de la construcción europea articuló una visión de la integración que conservadores y socialdemócratas podían apoyar con diferente entusiasmo. La narrativa de los derechos civiles articuló una versión de la promesa americana que republicanos y demócratas podían reconocer como suya —aunque muchos de ellos resistieran su implementación.

Lo que falta hoy, más que buenos argumentos o buenas políticas, es una narrativa integradora capaz de hablar simultáneamente a las inquietudes de quienes sienten que la modernización los ha dejado atrás y a las aspiraciones de quienes quieren construir sociedades más justas e inclusivas. Una narrativa que tome en serio tanto la pertenencia como la dignidad, tanto la continuidad como el cambio, tanto la particularidad como la universalidad.

* * *

Lo que los Datos no Dicen

Hay algo que el análisis de datos, los modelos de escenarios y la teoría política no pueden capturar: la capacidad de las personas y de las sociedades para sorprenderse a sí mismas. La historia está llena de momentos en que los analistas más rigurosos predijeron el peor escenario y la realidad eligió uno mejor, no porque las condiciones estructurales

fueran favorables sino porque actores específicos, en momentos específicos, tomaron decisiones que no estaban determinadas por las estructuras.

Nelson Mandela salió de veintisiete años de prisión sin odio, y ese hecho individual alteró el curso de un país. Vaclav Havel transformó la estética en política y demostró que la disidencia moral podía derribar imperios. Helmut Kohl y François Mitterrand se tomaron de la mano en Verdún en 1984 sobre los huesos de los soldados de sus países, y ese gesto —políticamente innecesario, humanamente poderoso— contribuyó a anclar la reconciliación francoalemana en la memoria emocional de dos generaciones.

Los momentos que determinan el curso de la historia no siempre son los más visibles en los análisis estructurales. A veces son los discursos que nadie esperaba, las coaliciones que parecían imposibles, los líderes que eligieron el bien común cuando el cálculo político señalaba en otra dirección. No podemos predecirlos. Pero podemos trabajar para crear las condiciones en que sean más posibles.

* * *

Una Nota Personal Sobre el Método

Este libro ha sido escrito desde la convicción de que el análisis político honesto exige no elegir bando antes de analizar. Los dos bloques que hemos examinado —neoconservadores civilizacionales y neoprogresistas postnacionales— tienen cada uno razones genuinas para sus preocupaciones y argumentos que merecen ser escuchados y no simplemente descartados. Las personas que votan por Trump o por Orbán no son necesariamente fascistas; muchas de ellas tienen inquietudes legítimas sobre comunidades que la globalización ha destruido y élites que han capturado instituciones. Las personas que luchan por los derechos de las minorías y por la acción climática no son necesariamente totalitarias; muchas de ellas responden a injusticias reales y a amenazas documentadas.

La trampa del análisis político contemporáneo es la tendencia a tratar al adversario como la encarnación del mal histórico —fascismo o comunismo, según el bando— cuando en realidad es, más frecuentemente, la expresión de tensiones genuinas que ningún lado ha sabido resolver. Ese tipo de demonización no solo es intelectualmente deshonesto: es estratégicamente contraproducente, porque hace imposible construir las coaliciones que la preservación de la democracia requiere.

Albert Camus, ese pensador que navegó con integridad las divisiones más extremas de su siglo, escribió en *El hombre en rebeldía* (1951): hay crímenes de la lógica y hay que llamarlos por su nombre. La lógica que convierte la preocupación por la identidad cultural en intolerancia hacia el diferente es un crimen. La lógica que convierte la lucha por la

justicia en inquisición sobre la pureza ideológica es también un crimen. Nombrar ambos, con igual rigor, es la primera condición de la honestidad intelectual.

* * *

Lo que Occidente Puede Hacer

Si el diagnóstico de este libro es correcto —que Occidente está en una fractura ontológica que amenaza sus propias instituciones democráticas— la pregunta final es qué pueden hacer quienes valoran esas instituciones.

La primera respuesta es también la más difícil: reconocer que el adversario cultural no es el enemigo existencial que ambos bandos pretenden. La democracia requiere adversarios; no puede funcionar sin ellos. Pero requiere adversarios, no enemigos: personas con quienes se puede perder una elección y volver a intentarlo en la siguiente; personas cuya legitimidad para gobernar, si ganan, se acepta aunque sus políticas se combatan; personas con quienes se comparte, a pesar de todo, algún proyecto común.

La segunda respuesta es institucional: fortalecer los mecanismos de accountability democrático antes de que se necesiten urgentemente, porque los mecanismos que se construyen bajo presión de crisis suelen ser inadecuados para las crisis siguientes. Esto incluye reformas electorales que reduzcan la polarización, regulación de plataformas que preserve la libertad de expresión sin sacrificar la esfera pública deliberativa, inversión en educación cívica que construya la comprensión básica de cómo y por qué funcionan las instituciones democráticas.

La tercera respuesta es narrativa: recuperar y renovar el relato de por qué la democracia liberal, con todos sus límites y todas sus imperfecciones, sigue siendo el sistema político que mejor protege la dignidad humana, permite la corrección de errores sin violencia y da a las personas algún grado genuino de control sobre sus vidas colectivas. Ese relato ha sido abandonado por demasiados de sus propios beneficiarios, que lo dan por garantizado sin entender que se sostiene solo mientras hay actores dispuestos a defenderlo.

Huntington tenía razón en algo fundamental: las civilizaciones sobreviven o colapsan según su capacidad de mantener una coherencia interna mínima frente a las presiones del cambio. Lo que no vio es que esa coherencia no es un estado natural que se conserva, sino una construcción política que se produce activamente en cada generación.

La generación actual de ciudadanos, líderes, intelectuales e instituciones occidentales tiene ante sí la tarea de producirla. No hay garantía de que lo logrará. Pero tampoco hay ninguna ley histórica que diga que debe fracasar.

El futuro de Occidente no está escrito. Todavía.

BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA

Teoria Politica y Filosofia

- Arendt, Hannah. Los orıenes del totalitarismo. Taurus, 1951/2006.
- Berlin, Isaiah. Dos conceptos de libertad. Alianza, 1958/2001.
- Butler, Judith. El genero en disputa. Paidos, 1990/2007.
- Camus, Albert. El hombre en rebeldia. Alianza, 1951/2006.
- Deneen, Patrick. Por que ha fracasado el liberalismo. Rialp, 2018.
- Habermas, Jurgen. Facticidad y validez. Trotta, 1992/2005.
- Hazon, Yoram. La virtud del nacionalismo. Encuentro, 2018.
- Mill, John Stuart. Sobre la libertad. Alianza, 1859/2013.
- Mouffe, Chantal. Por un populismo de izquierda. Siglo XXI, 2018.
- Popper, Karl. La sociedad abierta y sus enemigos. Paidos, 1945/2010.

Democracia y Populismo

- Frank, Thomas. ¿Que le pasa a Kansas? Debate, 2004.
- Levitsky, Steven y Lucan Way. Competitive Authoritarianism. Cambridge UP, 2010.
- Levitsky, Steven y Daniel Ziblatt. Como mueren las democracias. Ariel, 2018.
- Mounk, Yascha. El pueblo contra la democracia. Paidos, 2018.
- Muller, Jan-Werner. ¿Que es el populismo? Grano de Sal, 2016.
- Norris, Pippa e Inglehart, Ronald. Cultural Backlash. Cambridge UP, 2019.

Geopolitica y Relaciones Internacionales

- Huntington, Samuel P. El choque de civilizaciones. Paidos, 1996.
- Rodrik, Dani. La paradoja de la globalizacion. Antoni Bosch, 2011.
- Snyder, Timothy. La carretera hacia la no-libertad. Galaxia Gutenberg, 2018.
- Wang, Zheng. Never Forget National Humiliation. Columbia UP, 2012.

Derechos Humanos

- An-Naim, Abdullahi. Toward an Islamic Reformation. Syracuse UP, 1990.
- Carens, Joseph. La etica de la inmigracion. Ariel, 2013.
- Ignatieff, Michael. Los derechos humanos como politica e idolatria. Paidos, 2001.
- Nussbaum, Martha. Las fronteras de la justicia. Paidos, 2006.
- Sen, Amartya. La idea de la justicia. Taurus, 2009.

Tecnologia y Democracia

- Bostrom, Nick. Superinteligencia. Teell, 2014.
- Crawford, Kate. Atlas of AI. Yale UP, 2021.
- Pariser, Eli. El filtro burbuja. Taurus, 2011.

Russell, Stuart. Human Compatible. Viking, 2019.
Sunstein, Cass. #Republic. Princeton UP, 2017.
Zuboff, Shoshana. La era del capitalismo de vigilancia. Paidós, 2019.

Historia y Sociología

Bellah, Robert et al. Hábitos del corazón. Alianza, 1985.
Gregory, Brad. La revolución no deseada. Herder, 2012.
Polanyi, Karl. La gran transformación. FCE, 1944/2003.
Putnam, Robert. Solo en la bolera. Galaxia Gutenberg, 2000.